

# A propósito de 13 muertes “anecdóticas”

Guillermo Rochabrún\*

Este es un título deliberadamente cruel.

Me refiero a quienes fallecieron en los absurdos incidentes ocurridos en un inmueble donde funcionaba el llamado “Thomas Restobar” el 24 de agosto del 2020. Llamo “anecdóticas” a esas muertes porque fueron lo único verdaderamente accidental dentro de una red de actores, nodos institucionales y prácticas recurrentes, que sin embargo pasan a segundo plano cuando la mirada que se aferra a los acontecimientos espectaculares, hirientes y escandalosos.

Concretamente: no escasean este tipo de “fiestas”, ni son exclusivas de este país. Sin embargo, salvo excepción, las interven-

**“si seguimos nuestra cadena de actores e instituciones, en el otro extremo terminamos en autoridades que... no respetan sus propias normas. Vale decir, vivimos sumergidos en una atmósfera cotidiana de transgresión sistemática”**

ciones policiales no terminan en muertos; ni siquiera en heridos. Por eso es que cabe referirse a ese hecho en particular como “accidental”. Pero ante estos decesos absurdos la mirada se ha centrado en “la conducta de esta juventud”, como indicación

del “fracaso de la sociedad peruana”: ahí estaría concentrado el “no respeto a la ley, a la autoridad”, en la falta de aprecio por la vida propia y la de la propia familia (y mil y un etcéteras, todos centrados en “la conducta de los jóvenes”).

## ¿Cuál es “el problema”?

Sin embargo, esas muertes pudieron y debieron haberse evitado, con un desempeño profesional más eficiente de las fuerzas policiales, o inteligente. Por el contrario, ningún comportamiento inmediato podía evitar hechos como:

- las “fallas” de funcionarios municipales en el otorgamiento de licencias y en las labores de fiscalización; con recursos insuficientes, pero subutilizados

- la no atención a las quejas de los vecinos, por parte de la municipalidad, el serenazgo y la policía

- la turbia organización de la fiesta, incluyendo a propietario, arrendador, conjunto musical, etc.

- la presencia de los jóvenes, llevando a cuestras alcohol, drogas (?) y prontuarios policiales

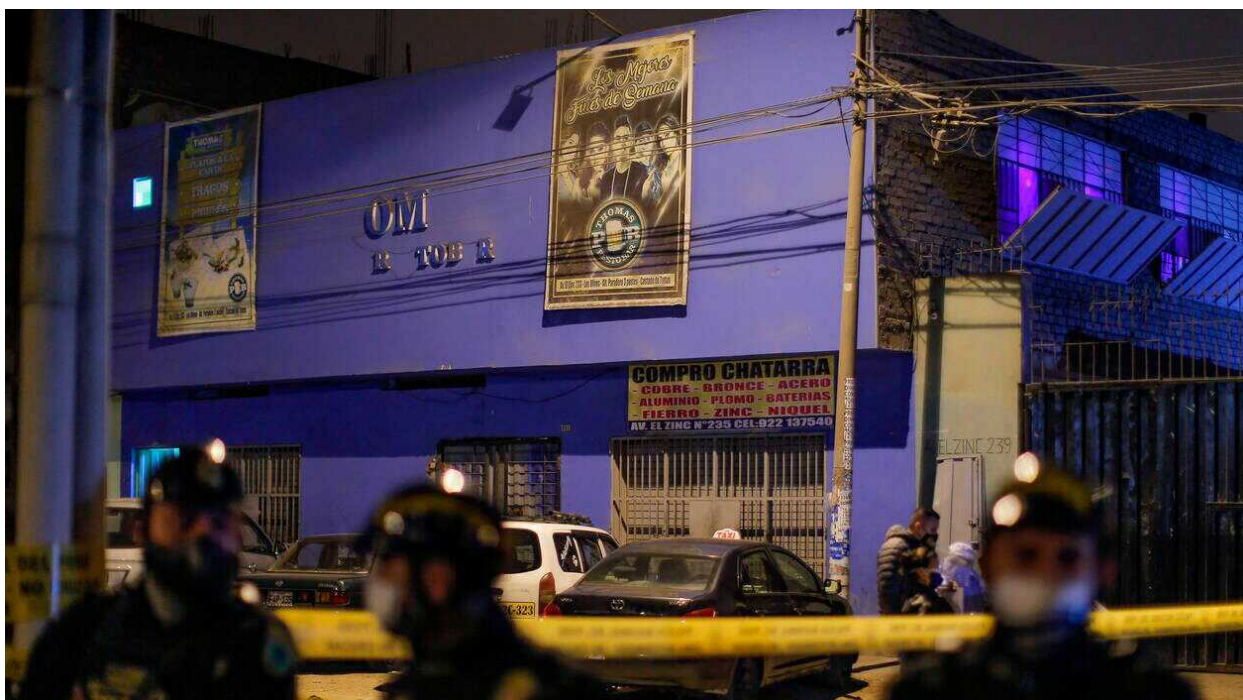
- la conducta protectora del ministro respectivo hacia esa intervención policial

- una conducta análoga por parte de padres de víctimas mortales y detenidos

Quien lea estas líneas puede seguir agregando ítems. Pero lo dicho es suficiente para mostrar el contraste entre lo estructural y lo accidental. Porque en esa diferencia se juega determinar cuál es el problema. Como la atención está dirigida hacia “la conducta de los jóvenes” se reacciona con campañas que buscan generar el miedo y/o la culpa que las anteriores no habrían sabido provocar... ¿No es irónico -o desalentador- tachar de “irracional” a esa juventud, desde la irracionalidad de tales objetivos?

## ¿Qué tan “racionales y coherentes” somos?

Porque asumen que los seres humanos somos no solamente racionales, sino absolutamente coherentes en nuestras conductas, que la autoridad funciona y es respetada. ¡Vamos!, examinemos nuestros quehaceres con la mano en el pecho, y seamos honestos con nuestra propia persona. ¿Seguimos todas las reglas de tránsito, en toda circunstancia?, ¿pagamos las papeletas ante nuestras infracciones?, ¿cumplimos con todos nuestros impuestos, sin falseamiento alguno? ¿Nuestra conducta sigue fielmente lo que proclamamos ante nuestros hijos? ¿Y acatamos todos los protocolos frente a la pandemia? Cuando no es así, ¿es por descuido, porque los creemos exagerados,



AFP/Luka Gonzales

por hartazgo, porque no nos importa el prójimo -con quien posiblemente convivimos-, ni nuestra propia vida? (Fumador, fumadora: ¿qué tienes que decir en tu defensa?) ¿Porque no creemos en la “Ciencia Médica”? ¿Acaso no han ocurrido intervenciones policiales a fiestas celebradas por... ¡personal médico!?

Espero que la lectura de estas reflexiones no lleve a concluir que estoy “defendiendo” a los jóvenes en estas conductas. No: estoy procurando preguntarnos qué tan diferentes son quienes los juzgan, y sobre todo qué tan coherentes somos todos nosotros. Al menos varias de las madres de familia de los jóvenes detenidos o fallecidos argumentaban que esa conducta solamente se hacía merecedora de una multa. Habría que investigar si estos adultos y los jóvenes nunca acatan las precauciones para controlar los contagios, o si simplemente se trata de la incoherencia que -a unos más y a otros menos- a todos nos acecha.

### **Nosotros y la “autoridad”**

El episodio de las muchachas bailando sobre uno de los cuarteles en el cementerio me hizo recordar a Norka Ruskaya haciendo algo parecido en 1917, auspiciada por un joven y despistado periodista de entonces que se hacía llamar Juan Croniquer. Claro que el significado era muy distinto. Esta vez no se trataba de buscar una experiencia estética inusitada, sino de una celebración de la vida ante

la muerte, y en medio de un desafío múltiple a las figuras de autoridad -aunque digo esto con muchas dudas, porque no cabe opinar cuando se necesita haber investigado y disponer de criterios cuando menos mínimamente comprobados. ¿Pero cuál es en este país la relación con “la autoridad”?

En un extremo piénsese en los jóvenes del Thomas Restobar: drogas, antecedentes policiales, una mezcla de engaño-complicidad con los padres (también una madre de familia fallecida que deja criaturas huérfanas). De países “desarrollados” nos llegan imágenes de multitudes rechazando abiertamente la norma. Allá hay inclusive “fiestas covid”; en cambio aquí es la evasión más o menos disimulada. Pero si seguimos nuestra cadena de actores e instituciones, en el otro extremo terminamos en autoridades que... no respetan sus propias normas. Vale decir, vivimos sumergidos en una atmósfera cotidiana de transgresión sistemática, aunque no es “por el gusto de transgredir” -como pensaba Gonzalo Portocarrero.

### **Dos fracasos: Suecia y Perú**

Veamos esta comparación sorprendente. Mientras que Perú intentó uno de los conjuntos de medidas más restrictivas en todo el mundo, Suecia hizo todo lo contrario, apostando por la “inmunidad del rebaño”. Unos meses después tuvo que dar marcha atrás por la elevada tasa de mortalidad entre sus infectados; pero además detectó que en

contra de lo previsto la infección no se había generalizado, y no iba más allá del 6%, cuando se esperaba que fuese 7 veces mayor.

En cambio, entre los fallecidos en el “Thomas Restobar”, estaba infectado en 84%, mientras que entre los detenidos fue 63%. Si regresamos al barrio

**“Es decir, entre nosotros el resultado fue inverso: el “gran encierro” fracasó, y la expansión que aquí -con sobradas razones- queríamos evitar, fue la que Suecia buscaba.”**

respectivo, un despistaje entre los vecinos reveló una tasa de infección superior al 30%; otro en Barranco entre trabajadores de reparto arrojó 40%. Meses atrás, había sido de 50% entre los vendedores de mercados. ¿Y alguien

recuerda la cantidad de infectados que hubo entre los cadetes de la ¡Escuela de Policía!, muy al comienzo de toda la pandemia?

Es decir, entre nosotros el resultado fue inverso: el “gran encierro” fracasó, y la expansión que aquí -con sobradas razones- queríamos evitar, fue la que Suecia buscaba. ¿Cómo explicar esta paradoja?

### ***La culpa es de la gastronomía peruana realmente existente***

El estereotipo físico de un sueco (o una sueca) es una figura alta y delgada. El estereotipo equivalente de un “peruano típico” es una figura baja y bastante más gruesa, resultado de la estupenda gastronomía nacional: “la mejor del mundo”. ¿Cree usted que esto es muy forzado? El caso es que nuestra tasa de mortalidad entre los infectados en esta pandemia, revela una composición inusitadamente alta de problemas diabéticos, pulmonares, bronquiales y arteriales. Se trata pues,



del tipo de alimentación que, por las razones que fuesen, está en cantidad y calidad al alcance y en los gustos y hábitos de la población peruana.

Así, de la pandemia llegamos a la “comida chatarra” y al menú nacional realmente existente. ¿Podemos por un instante imaginarnos un país con una alimentación saludable? (¿Será preciso abolir el capitalismo para lograrla?) Porque: una alimentación saludable marca una diferencia abismal en la co-morbilidad, la cual a su vez es uno de los determinantes del grado de letalidad del covid19. Más aún: el colapso anunciado de nuestro sistema de salud, oxígeno incluido, fue lo que fue por esas circunstancias; y ahí está una de tantas diferencias con Suecia, o Japón -pese a la edad promedio de los japoneses.

Claro está, respecto a la alimentación hay un obvio problema “económico”: el acceso a los alimentos. Pero también está el conocimiento y los hábitos. Y ello depende de todos los sistemas de aprendizaje con los que estamos en contacto. El popular Dr. Huerta mencionaba la ignorancia que encontraba entre pacientes terminales sobre qué era un “Papanicolau”, o qué era la próstata y sus problemas. A la vez, tales pacientes eran (o fueron) enciclopedias sobre las últimas telenovelas y el campeonato descentralizado. ¿Qué hacen entonces -se preguntaba- los media? Podemos agregar: las “redes sociales”, las asociaciones de padres de familia, si de colegios se trata; las juntas de propietarios, ahí donde existan, etc. ¿Qué menús preparan las cafeterías de las universidades y hospitales? (¿Cómo es la co-morbilidad entre el personal médico?)

### ***Si no tienes como evitarlo, hazlo tú***

No es que esta sea la raíz de los sucesos del “Thomas Restobar”, pero con otra co-morbilidad se habría logrado resultados mucho mejores, y recurriendo a medidas menos represivas. Imaginemos, en el otro extremo, que las municipalidades organicen fiestas al aire libre (esta idea me la dio Marcelo Rochabrún Oré), con ingreso y funcionamiento controlado. Quizá permitiría una situación adecuada para que conocimientos y precauciones razonables calen algo más entre quienes deben calar. Ahí estamos a 180° de hacer campañas basadas en la culpa y el miedo.

\* Sociólogo y docente de la PUCP.